

**DISCURSO DEL DR. HORACIO H. URTEAGA EN EL  
ALMUERZO ROTARIO EFECTUADO EN CONMEMO-  
RACION DEL IV CENTENARIO DE GARCILASO  
DE LA VEGA**

Señores:

El 12 de abril de 1539 nació en el Cuzco, la antigua Capital del Imperio, el Inca Garcilaso de la Vega. Cúmplese hoy el IV centenario de su llegada al mundo y esta gloriosa efemérides la recuerda y evoca el Perú con recogimiento y emoción austera.

Ese niño estaba llamado a ser el primer historiador peruano que conservara para la posteridad el recuerdo de las grandezas de un pasado glorioso, que narrara con imparcialidad y exquisita nobleza de alma, los trágicos momentos de la dominación y que, elevándose sobre las miserias y deslealtades, que, como fruto de maldición, produjera la conquista, relatará, en forma imparcial y sincera, las tristes escenas y peripecias de las guerras civiles.

Fué hijo del Capitán español Garcilaso de la Vega, caballero de noble alcurnia. Uno de sus antepasados fué el famoso García Pérez de Vargas, que acompañó al Rey don Fernando el Santo en la Conquista de Sevilla; y para quien, a lo que reza la crónica "eran pocos siete moros". El Capitán Garcilaso había llegado al Perú en la expedición que a este país trajo don Pedro de Alvarado, la mejor llegada por su personal y equipo.

Fué madre del historiador, doña Isabel Palla Huaylas, ñusta, hija de la Palla Mama Oello y de Huallpa Túpae Inca Yupanqui, hermano del Emperador Huayna Cápac, siendo por lo mismo doña Isabel sobrina de este antepenúltimo monarca.

El entroncamiento de Garcilaso con una princesa incaica le emparentó con la nobleza inca que existía en el Cuzco y le dio ocasión para estrechar sus relaciones con los quipucamayos y amautas, los conservadores de la tradición y los más altos valores directivos del extinguido Imperio. El niño demostró, desde sus tiernos años, una viva inteligencia y una jovialidad atrayente; muy amado de su padre, era mirado con predilección y orgullo por sus parientes indios, que veían en él reflejadas las cualidades sobresalientes del español y la noble sangre de los incas. El historiador ha contado en relatos conmovedores, de una dulce emoción, esos coloquios habidos entre él y los representantes de sus ilustres antepasados aborígenes; esas conversaciones evocadoras de tiempos idos para no volver, en que la triste realidad del presente se contrastaba, como la luz y la sombra, con la grandeza del pasado. Oigámoslo: **“De las grandezas y prosperidades pasadas, sus relatos venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su República. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas y llantos, diciendo: trocósenos el reinar, en vasallaje”**.

Aunque amado de su padre, que le quería entrañablemente, Garcilaso no pudo recibir una sólida instrucción. El Cuzco carecía entonces de escuelas y colegios. Gracias a la buena voluntad del Canónigo de la Catedral del Cuzco, bachiller Juan de Cuéllar, natural de Medina del Campo, Garcilaso y once niños, hijos de conquistadores, recibieron alguna instrucción. Cuéllar les enseñó Gramática, Retórica, Latín y otros rudimentos de ciencias. El maestro admiraba la precoz inteligencia de los mesticitos, y nos cuenta el historiador, que exclamaba al verlos adelantar en sus estudios: “Oh, hijos míos, cómo quisiera ver una docena de vosotros en Salamanca”.

El niño, crecido ya, no pudo ser legitimado; ni siquiera seguir gozando de los cuidados de su padre, quieto en el Cuzco. Las guerras civiles de entonces llevaron al Capitán a enrolarse en las filas de Gonzalo Pizarro, al que abandonó en Ja-

quijahuana para pasarse a las filas del Rey. Durante este tiempo el niño y su madre vivieron en la mayor miseria y casi de limosna.

Después de la rebelión de Francisco Hernández Girón, el Capitán Garcilaso recibió un repartimiento de tierras, con lo que llevó algún alivio al joven inca, pero le aguardaba al hijo un nuevo dolor. El Gobierno exigía a los encomenderos que se casaran, para atender a la estabilidad y moralidad de la colonia y al incremento de la población blanca, y el Capitán Garcilaso, ya mayor de cincuenta años, se resolvió a contraer matrimonio, dando al pobre niño madrastra y alejándolo de su madre.

En 1569 murió el Capitán Garcilaso y el hijo tuvo que salir del Perú, acaso expulsado por el Virrey, que, esos revueltos tiempos de mandrines e inquietos, temía "que el joven inca abusara de la influencia que, entre los aborígenes, le daba su linaje". El itinerario de la marcha del Cuzco a Lima, de la Ciudad de los Reyes a Nombre de Dios, después a Cartagena de Indias y por fin a Lisboa, lo encontramos trazado y relatado en diversos pasajes de sus obras históricas. El viaje fué largo y penoso. Cuando llegó a Madrid (1562) había salvado la vida milagrosamente de una tormenta en los mares de Portugal.

Garcilaso había sido despojado de sus bienes paternos y maternos. Los que podía heredar de su madre se hudieron en ese fondo oscuro que después se trocó en reparto de tierras a conquistadores ambiciosos y a audaces cambiabanderas; lo que tocó a su padre en los repartos después de la contienda de Girón, fuéronle también arrebatados, alegando la deslealtad del Capitán, su padre, probada por su alistamiento en las filas del rebelde Gonzalo Pizarro.

Para congraciarse con el Gobierno, el inca Garcilaso se alistó en el ejército del Rey con el grado de Capitán en la campaña sin soldada, en que don Juan de Austria sometió a los moriscos sublevados en Granada. No consiguió ascensos ni honores, ni la devolución de los bienes conquistados a su

padre en el Perú. La ingratitud de los reyes y la incomprensión de las gentes que formaban el Consejo de las Indias, ante el cual el Inca Garcilaso había llevado sus reclamos acabaron con su esperanza, y, desengañado, se retiró a la ciudad de Córdoba a pasar la vida entregado al estudio y a la meditación.

Como reacción por las injusticias del presente y la ignorancia del porvenir busca en ocasiones el espíritu, enseñanzas en el pasado. Tardía confirmación de la relatividad de las glorias y poderes humanos. En Garcilaso seguramente se operó esta actitud mental, que podía ser un consuelo para su abatimiento. Solazose ante el recuerdo de las glorias de la patria lejana y las acciones gloriosas de sus antepasados, que acreditaban la grandeza de su abolengo indio. No otra pudo ser la causa que lo indujera a dedicarse al descubrimiento del pasado peruano, apoyado en magníficos documentos y en los recuerdos que conservaba de las tradiciones del Imperio Incaico. Tantas veces las había oído contar a su madre y a sus viejos parientes indios, en esa gran ciudad del Cuzco, donde rodó su cuna!

Y allí, en Córdoba, en esa ciudad, por entonces de una triple fisonomía, mora, judía y cristiana, gran ciudad por sus arreos monumentales, con dejo de aldea por su tranquilidad y su paz, vivió Garcilaso entregado a sus románticos sueños quizá de un amor imposible o fracasado; y luego, a las magníficas evocaciones del pasado de su patria, amor éste más noble y más perenne, que había de regalar inmortalidad a su nombre y esplendor a su fama.

Su primer trabajo literario fué la traducción del italiano de los "Diálogos de Amor", de León Hebreo, obra de celebridad entonces y muy apreciada por las gentes de academia y corte. Garcilaso los tradujo y comentó, dedicándolos a la Santa Católica Majestad del Rey Felipe III. No obstante lo:

elogios que prodigó a la obra Maximiliano de Austria, Abad Mayor de Alcalá la Real y más tarde Arzobispo de Santiago, la Inquisición la prohibió, inscribiéndola en el índice expurgatorio.

Quince años después publicaba Garcilaso la **“Florida del Inca”** o **“Historia del Adelantado Hernando de Soto o conquista del Reino de la Florida”**. Y cuatro años después (1609) daba a luz su obra magna: **“La Historia del Perú”**, que dividía en dos partes, intituló: **“Comentarios Reales de los Incas”**. En la primera, se ocupa del **“Origen de los Monarcas peruanos, de su idolatría, leyes, gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas y todo lo que fué aquel Imperio y su República antes de que los españoles entraran en ella”**. La segunda parte trata de **“La Conquista del Perú, las guerras civiles entre los conquistadores y la implantación del Virreinato y primeros Visorreyes”**. Apareció esta segunda parte en 1617.

Los **“Comentarios Reales”** por la elegancia y pureza del estilo, por la ordenación cronológica y metódica de los sucesos, por la imparcialidad de los juicios y la base documentaria y tradicional en que se fundan las narraciones, es el monumento más completo y más acreditado de la historia del Incanato. La crítica no ha podido señalarle más seria tacha que la de no haber revelado en forma amplia y precisa el valor de la cultura peruana preincaica y haber tratado de atribuir a la monarquía de los reyes quichuas del Cuzco, toda la labor civilizadora del Imperio. Pueril es la censura de los que así han juzgado la obra de un hombre que escribía en los comienzos del siglo XVII, cuando la etnología y la arqueología aún no habían revelado todo el inmenso aporte de descubrimientos y de deducciones que han dado a conocer la prehistoria de América, cuando los recogedores de las viejas tradiciones tenían aún inéditas sus obras y cuando el proscrito historiador tenía que atenerse, para narrar muchas leyendas, a

sus recuerdos de niño o a las noticias que le trasmitían sus parientes, desde el Perú. Y no obstante estas deficiencias, sus aseveraciones no se truecan en absurdos juicios, ni disparatadas adjudicaciones. El sano juicio de Garcilaso vislumbra lo que pudo ver ajeno al incanato y a lo que a éste le es propio, no obstante de escribir sobre un pasado desconocido, del que no queda ni leyenda.

Su rectitud de historiador sella su fama en la segunda parte de la obra en que narra las guerras civiles del Perú en el siglo XVI. Lo hace con la seguridad del que cuenta lo que vió y oyó de los actores de los hechos y juzgó acontecimientos y personajes con la altura de un juez de rectitud inatacable. A sus altas dotes intelectuales y morales, unió el Inca Garcilaso un buen gusto literario. Sus libros son así dechados de buen decir y de elegancia de lenguaje; por eso la Academia Castellana los recomienda como modelos.

Vive así inmortal la obra que escribiera con el entusiasmo del patriota, con la rectitud del juez inexorable y con la galanura del dulce amable "causeur" de las leyendas de ese país de los incas, que tanto amó y de cuyas glorias vivió orgulloso.

Vió Garcilaso impresa la primera parte de su obra; no así la segunda, que terminó en 1613, pero quedaba inédita y se editó como póstuma. El 22 de abril de 1616, después de prolija dolencia que le dejó intacta la razón, falleció el historiador tranquilamente a los 77 años de edad, y por disposición testamentaria fué sepultado en la Catedral de Córdoba, en una capilla que él compró y dotó. Allí duerme el noble historiador su sueño eterno. La posteridad ha recompensado su tarea. Tiene, el Inca Garcilaso, fama mundial, y es, para el Perú, el genio tutelar de su pasado.

---